

Del Hispanoamericanismo de Menéndez Pelayo

El 19 de mayo del presente año se cumplió el cincuentenario de la nunca bien llorada desaparición del insigne polígrafo Don Marcelino Menéndez Pelayo, a la temprana edad de cincuenta y seis años, y cuando corrigiendo aún pruebas de sus escritos sobre la cama de enfermo, se le oyó exclamar en una de sus últimas frases: "Tener que morir ahora faltándome tanto que trabajar". Como bien lo apuntó en emotiva frase su biógrafo y discípulo Miguel Artigas: "Sólo para coger el crucifijo dejó la pluma".

Por algo el más ilustre de sus amigos hispano-americanos, el sabio Don Miguel A. Caro, trece años mayor de edad, le insistía en una de las valiosas cartas de su recíproca correspondencia, cuando Don Marcelino a la edad de veinticinco ya asombraba por su intensa labor: "Consérvese usted bien, es decir, no trabaje hasta matarse".

Seríamos descorteses e injustos en Hispanoamérica, si dejáramos pasar este cincuentenario sin recordar alguno de los rasgos de la persistente preocupación cultural con que Menéndez Pelayo miró siempre a las naciones de nuestro Continente.

Nada resultaría más superficial que reducir —como es idea bastante común— el conocimiento y aprecio de su obra americanista únicamente a la **Historia y Antología de la Poesía Hispanoamericana**, en cuatro tomos, publicada entre los años 1893-95, obra por la cual sentía "un cariño especial y creía que era la mejor escrita", según frase del mismo Artigas.

El día que pudiera hacerse la compilación de todo el epistolario cruzado durante casi cuarenta años entre Menéndez Pelayo y los escritores americanos más ilustres de su tiempo; como también las referencias americanistas de su intensa correspondencia con literatos europeos, se vería con gran relieve cómo era de perseverante y sagaz su preocupación y vivo su interés por la historia de las letras hispanoamericanas.

Bien sabido es que algunas de las páginas más valiosas que salieron de su pluma fueron aquellas en que juzgó y exaltó la obra múltiple del patriarca de las letras americanas Don Andrés Bello.

Y es precisamente la figura de Bello la que nos va a servir de ejemplo para destacar el hecho de que el interés de Menéndez Pelayo por las letras americanas, venía mucho antes de que la Real Academia Española le encargara, para el año Cuatricentenario del Descubrimiento de América (1892) la **Antología y estudio de la Poesía Hispanoamericana**.

Los datos que vamos a ofrecer, en comprobación de este aserto, provienen de fuente epistolar. Se trata de casi una cuarentena de cartas cruzadas durante seis años, de 1878 a 1884, entre Menéndez Pelayo y el ya citado humanista colombiano M. A. Caro (1). Con ser éstas sólo parte de tan ilustrativa correspondencia entre dos sabios que mutuamente se ayudaban y estimulaban en sus tareas culturales, nos ofrecen una interesantísima información que tal vez no ha sido muy divulgada.

La primera carta de esta colección es del 27 de julio de 1878; y en ella Menéndez Pelayo después de agradecer y juzgar muy elogiosamente varios escritos en prosa y en verso que Caro le había enviado, le corresponde a su vez remitiéndole algunas de sus publicaciones, entre otras el recién aparecido **Horacio en España**. Y es a propósito de los clásicos latinos cuando ya en esta carta le ruega a Caro que se sirva enviarle otras traducciones que tiene hechas de Virgilio, y comunicarle "algunos nuevos datos sobre intérpretes hispano-americanos de clásicos griegos y latinos" para incorporarlos debidamente en la **Bibliografía crítica de Traductores** que desde hacía algún tiempo venía preparando.

Nótese bien: Menéndez Pelayo es para la fecha un joven de veintiún años. Acababa de ganar en ruidosa y brillantísima oposición la cátedra de Historia Crítica de la Literatura Española de la Universidad Central, y la preparación de las clases —según el amplio programa que se había trazado— debía exigirle gran concentración; seguía escribiendo eruditos trabajos de investigación; traía entre manos la publicación de su exhaustiva **Historia de los Heterodoxos Españoles**; y en medio de tan densos quehaceres, su interés cultural se proyecta hasta la lejana América, busca contactos epistolares, adquiere toda clase de publicaciones ultramarinas, y, hasta donde las comunicaciones lo permiten, lleva al día el conocimiento de la labor literaria que ha venido desarrollándose en las naciones de allende el Atlántico.

Mas para que se vea, en un caso concreto, cómo era de regular y diligente aquel interés cultural, no tenemos sino que espigar algunas de las abundantes referencias que a cada paso ocurren en el citado epistolario con Caro. A veces aquello parece un diálogo a distancia, sobre puntos concretos, que va desarrollándose a medida que las cartas van y vienen entre Madrid o Santander y Bogotá.

En 1879 Don Marcelino echa de menos que aún no se haya publicado una colección completa de las obras de Bello. Dos años más tarde se interesa por saber "¿qué cosa son sus opúsculos, que veo citados —dice— en varias partes? ¿Dónde y cómo

(1) Epistolario de Don Miguel Antonio Caro. Correspondencia con Don Rufino J. Cuervo y Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Publicaciones de la Academia Colombiana Correspondiente de la Española. Introducción y notas por Víctor E. Caro. Bogotá, 1941.

se han impreso? ¿Está en ellos el estudio sobre el poema del Cid?" Por entonces mismo ha logrado hacerse con un ejemplar de la *Métrica* del maestro venezolano; y entusiasmado le escribe a Caro para decirle que lo considera "libro de oro", aunque casi desconocido en España, donde sólo ha corrido su *Gramática*.

En 1880 urge a su amigo para que haga pronto "un estudio sobre las poesías de Bello". Caro, en efecto, se había dado a la compilación de todas las poesías inéditas, para preparar una edición completa, con ocasión del primer centenario del vate caraqueño. Así se lo comunica a Menéndez Pelayo, en mayo de 1881. Para esta edición cuenta con Don Mariano Catalina, quien tiene en Madrid la empresa editora de la Colección de Escritores Castellanos. Esta gestión vino a coincidir, de perlas, con el homenaje que, con motivo de dicho centenario de Bello, quería rendirle la Real Academia Española.

Caro había mandado la biografía del poeta y el estudio sobre la poesía descriptiva y las *Silvas Americanas*. Menéndez Pelayo le escribe poco después, y a propósito de dicho estudio, le dice sin ambages: "es, a mi entender, uno de los mejores trozos críticos que se han escrito en estos últimos tiempos". Ya en otra carta anterior la había expresado un juicio semejante.

Por entonces ya maduraba el maestro español la composición —que lamentablemente nunca llegó a realizar— de la historia completa de la literatura Española. En aquel plan grandioso, del que nos dejó muestras admirables, pensaba incluir de lleno el estudio de la literatura americana. A Caro le decía: "En la parte americana, cuento desde luego con la colaboración de usted. Es preciso incorporarla de una vez al cuerpo general de nuestra historia literaria, y ya Ticknor pensaba en ello, aunque desistió por la escasez de datos. Los míos van siendo bastantes, pero a todo trance necesito completarlos, con ayuda de mis amigos americanos, y acudo ante todo a usted, de cuya buena amistad tantas y tantas pruebas he recibido". Esta carta es del mes de julio de 1882.

Fue proverbial en Menéndez Pelayo su afán e inquietud por la investigación exhaustiva de cada tema que se proponía estudiar. No se contentaba con lo más sustancial de las obras de un autor. Le bastaba conocer una estrofa, o una referencia al acaso, y no se daba por satisfecho hasta haber averiguado completamente de qué se trataba. Por qué siempre trabajó con tan riguroso método, la vida no le alcanzó para concluir obras muy trabajadas, que otro menos exigente habría dado a la estampa sin andarse en más averiguaciones. A este cuidado suyo se debió en parte la búsqueda que empezó a hacer Caro de la *Egloga* (imitación de Virgilio) compuesta por Bello en sus mocedades de Caracas. Ya en 1879 Menéndez Pelayo le empezó a pedir referencias. Caro satisfizo al principio

aquellos deseos copiándole lo único que hasta entonces se conocía, que era la primera estrofa incluida por Juan V. González en su texto de *Métrica*. Al año siguiente pudo lograrse al fin la copia completa, y así se publicó por vez primera en la ya citada colección de *Poesías* de Bello hecha en Madrid con ocasión del centenario del poeta.

Cuando en Chile Amunátegui empezó a hacer la edición de las obras de Bello, publicó por la prensa los manuscritos inéditos de unas estrofas incompletas que consideró fragmento de una leyenda. Al recibir Menéndez Pelayo un ejemplar del "Lunes" con dichas estrofas, se apresuró a decirle a Caro: "Ya habrá usted notado que lo que supone (Amunátegui) fragmento de una leyenda inédita en octavas reales, no es otra cosa que el principio de los *Nibelugen*, que sin duda se propuso traducir Bello". Interesado por el hallazgo, dos meses más tarde le vuelve a hablar deseoso de saber si ha aparecido algo más, porque "quizá —dice— no sea éste el único fragmento del mismo poema, que se halle entre sus papeles" (de Bello).

Parecido interés mostró al ver las noticias que daba el mismo Amunátegui de la traducción hallada en los manuscritos de Bello, de la comedia de Plauto, *Rudens*. El editor chileno indicaba, sin embargo, que las disformes y emborronadas cuartillas del manuscrito apenas podían transcribirse. Y Menéndez Pelayo se lamentaba del hecho con Caro: "¡Lástima que no consiga descifrar el manuscrito del *Rudens*!" (2).

En 1882 da cuenta a su corresponsal, con viva satisfacción, de que Amunátegui le ha remitido "su voluminosa biografía de Bello, que me parece muy interesante, sobre todo por las correspondencias y trozos que en ella se copian".

Por su parte Caro, una vez publicadas en Madrid las *Poesías* de Bello, se propuso —de acuerdo con el mismo editor Catalina— continuar en la misma Colección la publicación de las demás obras del escritor venezolano. Así se lo comunica a Menéndez Pelayo en una extensa carta de 19 de noviembre de 1882, y al mismo tiempo le dice: "Yo querría que usted favoreciese esta colección (que bien puede llamarse suya, como que en ella se prepara usted a publicar su gran historia literaria) con una introducción para la bellísima traducción del *Orlando enamorado*, que piensó debe

(2) También en este caso del *Rudens*, algo debió influir para su búsqueda una frase en carta anterior, en la que Menéndez Pelayo reclamaba "los fragmentos del *Sardanápalo* de Byron, que deben de andar perdidos en algún periódico de Chile, y el *Rudens* de Plauto, si pudiera encontrarse". Y todavía algunos meses después de haber tenido ya noticia del hallazgo de los manuscritos de esta última obra, vuelve a insistir: "¡Si consiguiesen descifrar el *Rudens* completo! Parece que no quieren que lo saboreemos de una vez, y nos lo van dando a pedazos".

En nuestros días la Comisión Editora de las Obras Completas de Bello, en Caracas, logró publicar la transcripción completa de los originales que se logró reunir, con un total de 1342 versos, que abarcan el Prólogo y los tres primeros actos de la obra de Plauto, traducida por Bello. No se ha podido saber si éste llegó a traducir los actos cuarto y quinto. Véase: *Obras Completas de Bello*, Tomo I, *Poesías*. Caracas, 1952, Nº 630-674.

ir aumentada con algunas poesías que no se incluyeron en el tomo publicado. Si usted conviene en ello, vaya preparando el prólogo”.

El crítico español, que había animado al editor Catalina a continuar las **Obras de Bello**, le contesta a Caro que “queda muy honrado con hacer el prólogo del **Orlando**”. Y a continuación esbozaba ya algo de lo que pensaba hacer, muy en el plan de todos sus trabajos, que siempre abarcaban todos los aspectos del tema. “Yo procuraré —decía— en la introducción compendiar las últimas investigaciones sobre la epopeya caballeresca en Italia y sobre los orígenes del poema de Bayardo”. Quien esté algo familiarizado con esta clase de introducciones que Menéndez Pelayo solía escribir, ya puede imaginarse el volumen tan sabio y nutrido que le habría resultado al ocuparse de un tema tan de su especialidad. Nunca lamentaremos demasiado que no alcanzara a escribir tan deseado prólogo.

Pero por carta suya de 15 de agosto de 1883 nos consta del entusiasmo con que había empezado a ocuparse del trabajo, pues le dice a Caro: “Estoy decidido a hacer el estudio preliminar al **Orlando Enamorado** de Bello. Tengo los materiales a mi parecer necesarios, es decir, el primitivo **Orlando** de Bayardo, el “rifacimento” de Berni, otros tres o cuatro poemas caballerescos italianos, entre ellos el **Morgante**, y además los principales trabajos modernos sobre los orígenes de este género de poesía en Italia, especialmente los de Gastón Paris, y el libro de Rajna sobre las **Fuentes de Ariosto**. El plan de la introducción será poco más o menos el siguiente: I. Orígenes y caracteres de la poesía orlandina en Italia. II. Noticias biográficas de Bayardo y bibliográficas de su poema, con mención especial de las dos o tres traducciones castellanas que hay antiguas. III. Análisis del **Orlando Enamorado**, fijándome especialmente en los cantos que no llegó a traducir Bello. IV. El “rifacimento” de Berni, y en que difiere del original. V. La traducción de Bello, y cuáles son las modificaciones introducidas por él en la obra de sus predecesores”. Y añadía aún otros datos complementarios que corroboran el interés que sentía por la labor encomendada.

Medio año más tarde, en 1884 le dice a su amigo: “¿Conoce usted la traducción fácil y elegante que de los primeros cantos del **Orlando Enamorado** (de Bayardo, no de Berni) hizo Hernando de Acuña, y está entre sus **Varias Poesías**, donde hay olvidados tantos primores de estilo? Como no son más que dos o tres cantos, quizá convenga sacarlos del olvido, y ponerlos al fin del trabajo de Bello, para comparación de dos modos distintos de traducir. Yo los tengo”.

Varios meses después encontramos todavía una última referencia; aunque ésta nos hace ver que otras tareas muy obligantes le impedían avanzar en el referido Prólogo o introducción. Animando a Caro en la publicación de otros tomos de las **Obras de Bello**, le dice: “El **Orlando** lo reservaremos para cuando yo termine una tarea harto triste, en que ahora voy a empeñarme, y es escribir la **Biografía literaria** de mi sabio maestro Milá y Fontanals, a quien hemos perdido este verano”. ¡Pocas veces discípulo más eminente y agradecido ha escrito sobre su maestro páginas tan admirables como éstas de Menéndez Pelayo en la **Semblanza literaria** del sabio Milá y Fontanals! ¿Pero cómo sería el asedio de otras ocupaciones, cuando aun tan noble escrito no vino a publicarlo sino veinticuatro años más tarde, en 1908?

Pero no fue solamente Menéndez Pelayo quien no alcanzó a cumplir tan acertada comisión —aunque tanto le halagaba— respecto de Bello. La empresa misma editora de la **Colección de Escritores Castellanos**, por ocupaciones oficiales del señor Catalina, fue marchando cada vez con lentitud más desesperante, como el propio Menéndez Pelayo se lo comunicaba a Caro. A su vez debió también Don Marcelino interesarse por hacer adelantar los trabajos, y gracias a estas gestiones fue como pudo lograrse, como introducción a la **Gramática** y a los **Opúsculos filológicos**, que se publicara el tomo de **Estudios Gramaticales** de Marco Fidel Suárez, obra primeriza, pero sorprendente, de análisis acabado, que consagró desde el primer momento el nombre del joven filólogo colombiano, hasta emparejarse luego con el de los otros dos grandes maestros Caro y Cuervo.

Del agradable recorrido que hemos hecho por el epistolario que nos ha servido para pergeñar estos párrafos, se deduce que el tema más frecuente que ocupaba a los dos sabios corresponsales era el de Bello, y en general la cultura literaria americana. La última carta de Menéndez Pelayo publicada en esa colección es de octubre de 1884. Faltaban todavía ocho años para que la Real Academia le encomendara la **Antología e Historia de la Poesía Hispanoamericana**. El hecho demuestra que toda su vida miró con viva simpatía y preocupación la cultura de nuestras naciones, para servirla y divulgarla. Bien merece que estas cosas se recuerden y también se divulguen, al menos en ocasión como la del presente cincuentenario. Es gratitud.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.